

Media página

Qué prodigiosa transformación la de las palabras, mansas é inertes en el desfile de estilo vulgar, cuando las concita y las manda el alma del artista! Desde el momento en que queréis hacer arte, arte corpóreo y musical, de la expresión, hundís en ella un acicate que subleva todos sus ímpetus rebeldes. La palabra, sér vivo y voluntarioso, os mira entonces desde los puntos de la pluma, que la muerde para sujetarla; os discute; os obliga á que la afrontéis; tiene un alma y una fisonomía. Descubriéndoos en su rebelión todo su contenido íntimo, os impone á menudo que le devolváis la libertad que queréis arrebatarle, para que convoquéis á otra que llega, huraña y esquiva, al yugo de acero. Y la pelea contra esos pequeños monstruos os exalta y fatiga como una desesperada contienda por la fortuna y el honor. Todas las voluptuosidades heroicas caben en esa lucha ignorada. Sentís

alternativamente la embriaguez del vencedor, las ansias del medroso, la exaltación iracunda



José Enrique Rodó

del herido. Comprendéis, ante la docilidad de una frase que cae subyugada á vuestros pies, el clamoreo salvaje del triunfo. Sabéis, cuando la forma apenas asida se os escapa, cómo es que la angustia del desfallecimiento invade el corazón. Vibra todo vuestro organismo como la tierra estremecida por la fragorosa palpación de la batalla. Como el campo donde la lucha fué, lleváis después las señales del fuego que ha pasado, en vuestra imaginación y vuestros nervios. Dejáis en las conegrecidas páginas algo de vuestras entrañas y de vuestra vida. — ¿Qué vale, al lado de esto, la contentadiza espontaneidad del que no opone á la afluencia de la frase incolora, inexpresiva, ninguna resistencia propia; ninguna altiva terquedad á las rebeliones de la palabra que se niega á dar de sí el alma y el color? . . . Porque la lucha del estilo no debe confundirse con la pertinacia fría del retórico que ajusta penosamente, en el mosaico de su corrección convencional, palabras que no ha humedecido el tibio aliento del alma. Eso sería com-

parar una partida de ajedrez con un combate en el que corre la sangre y se disputa un imperio. La lucha del estilo es una epopeya que tiene por campo de acción vuestra naturaleza íntima, las más hondas profundidades de vuestro sér. Los poemas de la guerra no os hablan de más soberbias energías, ni de más crueles encarnizamientos, ni, en la victoria, de más altos y divinos júbilos. . . ¡Oh Ilíada formidable y hermosa, Ilíada del corazón de los artistas, de cuyos ignorados combates nacen al mundo la alegría, el entusiasmo y la luz, como del heroísmo y la sangre de las epopeyas verdaderas! Alguna vez has debido ser escrita, para que, narrada por uno de los que te llevaron en sí mismos, durase en ti el testimonio de muchas de las más conmovedoras inquietudes humanas. Y tu Homero pudo ser Gustavo Flaubert.

José Enrique Rodó.



Moraima

Sevilla.

Sobre el calado alféizar
del morisco ajimez abandonado,
blanco rayo de luna
como un sudario se quedó flotando.

Bajo el arco de alárabes encajes,
la columna de mármol
me pareció la sombra de una virgen
que al beso de la muerte ha despertado.

Sentí rumor de guzlas
rodar en el espacio
y cánticos ardientes y sombríos
como una inmensa maldición de llanto.

Miré flamear morados estandartes
entre una nube de alquiceles blancos
y vi al espectro de la raza mora
cruzar sobre el arzón de su caballo!
.....
.....

La luna huyó; la noche vistió luto,
y allá en los miradores del Alcázar
el viento halló suspiros
y los llevó á morir en la Giralda!

JOSÉ G. DEL BUSTO.